



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

SÁBADO 15 DE ABRIL DE 1871.

NÚM. 75.

ADVERTENCIA.

Como verán nuestros lectores, no ha disminuido la lectura de nuestro periódico, aunque reducimos á la cuarta parte el precio de suscripción, para que puedan abonarse los mas pobres de nuestros correligionarios.

Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Servicio gratis.

Hasta hoy hemos servido con el mayor gusto gran número de ejemplares gratis. Deseosos de que todos los amantes del Evangelio contribuyan al sostenimiento de nuestro periódico, hemos resuelto cobrar á todos tan pequeña suscripción, sin esceptuarnos á nosotros mismos, fundadores y redactores del periódico; así, pues, sin distinción de personas, no se servirá *ningun ejemplar de LA LUZ gratis* desde esta fecha. El repartidor presentará los recibos, y los que no deseen suscribirse, se servirán manifestárselo.

Puntos de suscripción.

En Madrid.....	Preciados, 19, tercero. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Asco- bareta.
En Valencia....	Calle de la Muela, 20, tercero.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Plaza del Rey, 18.

LA LUZ.

El mundo se agita en continua y dolorosa convulsión. Hay una nube en el horizonte preñada de negras tempestades. Las sociedades europeas se estremecen, como si bajo ellas ardiera el infierno de un volcan próximo á estallar. En el crecimiento de vida por que suspiran las almas generosas de hoy, hay una esperanza

y una amenaza. Se desea apresurar el porvenir; se ansía cojer las nubes negras del horizonte, soplar sobre ellas el espíritu de la vida, y tornarlas de demonios de la tormenta y de la revolución, en ángeles de paz y de consuelo. Se quiere á toda prisa el reinado de la fraternidad, del amor y del bien.

Hoy Francia caída y pisoteada por un vencedor sin corazón; después devorada y despedazada por el hervor nunca apagado de sus propias y tormentosas pasiones; nuevas clases llegando á la vida pública con la espuma en el labio, el odio en el corazón, la amenaza en los ojos y una montaña de negaciones en el alma; la Internacional lanzándose á la lucha armada en nombre del trabajador esclavo, y escribiendo la primera página de los desastres futuros llevados á cabo en nombre de los principios sociales; el capital y el trabajo mas divorciados cada día; la paz universal cada día menos segura; fuera, por las ambiciones, las rencillas, los sueños de los gobernantes, y dentro, por las miserias de los unos y las utopías de los otros; en olvido completo las leyes naturales y las leyes cristianas; Dios negado, y levantado sobre el pavés ese Dios panteísta llamado el Dios-naturaleza; corrupción profunda, íntima en los pueblos todos; el lamento interminable de las víctimas de todos los linajes, y el crujir de dientes de los condenados sociales; los ricos temiendo y los pobres odiando; el mundo esperando siempre desgracias en vez de felicidades: hé aquí el cuadro.

¿Dónde hay remedio para esto? ¿Los que lloran seguirán llorando? ¿No concluirá nunca la tragedia humana? ¿No habrá herencia para los desheredados? ¿Será una loca quimera la augusta idea de la fraternidad lanzada á la historia por el cristianismo?

Esperemos, esperemos por Dios; y esperemos como hacen los caracteres verdaderamente fuertes y varoniles, trabajando para aminorar el mal. La semilla está echada. El cristianismo la ha sembrado y el progreso la ha recogido. Este y aquel han escrito en sus libros los nombres de los que sufren y luchan y trabajan para que á ellos les llegue también la hora de su redención terrestre. Los redimidos son ya muchos; pero aun faltan muchos mas. Amor en los de arriba para los de abajo: tolerancia en los de abajo para los de arriba. Simpatía entre todos: paz entre los hombres de buena voluntad.

Esclavitud, feudalismo, derecho divino, teocracias tiránicas y orgullosas, todo ha caído barrido por la poderosa palabra del Cristo. Las cadenas todas del alma han ido desliéndose lentamente merced al filtro milagroso de la idea del Evangelio. Pueden creerlo todos los desesperados, todos los pueblos mártires, todos los condenados de este mundo; el cristianismo es el gran disolvente de todas las iniquidades sociales. Será lenta su acción, tarda, todo lo que queráis; pero al fin la victoria es suya. El aceite no deja ni una sola vez de subir á la superficie del agua, ni el agua fuerte de ejercer su acción corrosiva. Hay cierto fatalismo así en lo bueno como en lo malo. Y el fatalismo del bien es tremendo. Sube á la superficie por cualquier parte, por la escalera de los corazones corrompidos, por entre las hendiduras de las civilizaciones deshonradas, por entre el humo de los cañones y el incienso de la sangre derramada por esos géminos malos de la historia que se llaman conquistadores.

No hay por qué desesperar ni desesperarse, repito. El diluvio ha venido una vez para no volver. Mas cura una gota de amor que esas cataratas torrenciales del odio que dejan honda huella por mucho tiempo por donde pasan. No impidais que la corola de la flor vaya entreabriéndose lentamente; dejad hacer al Evangelio.

Evangelio y libertad. No conozco otras divisas para los pueblos que quieren ser grandes y para los hombres que quieren ser felices.

PARALELO.

Cuantos tienen algun conocimiento de la historia del cristianismo saben que entre los enemigos de esta religion divina figura en primera línea el filósofo Celso. Este enemigo de Cristo agotó todos los recursos de su saber inmenso para combatir la nueva doctrina, cuyos rápidos progresos ponía espanto en su corazón. Amante apasionado de la belleza clásica, despreciaba las sublimes máximas del Evangelio, porque no estaban escritas con toda la elegancia que caracterizaba la pluma de Platon; defensor acérrimo de la religion existente, del paganismo, odiaba con toda su alma á los atrevidos innovadores que se presentaban anun-

ciando una religion diferente de la que sus padres seguian. Así es que su ataque no respira mas que odio y desprecio; sus argumentos son á la vez grandes y mezquinos; los hechos que presenta tanto tienen de verdad como de mentira. Celso creia que todos los medios eran buenos y lícitos para combatir la religion que los cristianos profesaban.

Otro tanto hacen los católicos romanos con los cristianos evangélicos en España. Los primeros no descuidan medio, ni olvidan un solo argumento, ni desprecian una mentira con tal que los segundos aparezcan ante los ojos del pueblo como monstruos de iniquidad de los cuales es menester apartarse con horror. Un paralelo entre Celso y los romanistas no deja de ser curioso: establezcámoslo detenidamente.

El plan de ataque de Celso es muy sencillo; procura en primer lugar desacreditar á los cristianos, y no discute sus doctrinas sino despues de haber insultado las personas.

Todos los escritos publicados contra el protestantismo en España, principian como el de Celso, por llamar criminales á los protestantes, gente vil, sin mas pretensiones que la de especular con la ignorancia del pobre pueblo, dignos secuaces de esos miserables que se llamaron Lutero y Calvino.

Celso dice que los cristianos son unos innovadores peligrosos, porque rompen la unidad del imperio y el principio monárquico que constituye su gloria. Por eso el cielo aflige á las naciones; por eso tantos males han caido sobre la patria.

¿No es verdad que al escuchar á Celso diríase que se escucha un sermón de un cura romano? Los protestantes, dicen estos, han venido á destruir la unidad religiosa, esta sublime unidad que el mundo entero nos envidiaba. Así no es extraño que la Providencia castigue á nuestra patria por haber renunciado á seguir la noble conducta de nuestros antepasados que le dieran tantos dias de gloria, no es extraño que el hambre, la peste, la falta de lluvia vengan como otras tantas plagas enviadas de Dios para afligir á los hijos de esta desgraciada nacion que tan torpemente ha renegado de sus gloriosas tradiciones.

Celso acusa á los cristianos de haber despezado las costumbres nacionales, y repudiado las mas santas prácticas religiosas. «No tienen templos, ni sacrificios, ni sagradas estatuas.»

Lo mismo dicen los católicos, porque como Celso, no saben que el templo mas bello del mundo no puede compararse con el corazón del hombre regenerado por el Espíritu de Dios, que no hay sacrificio mas santo que el de la criatura que se inmola á sí misma en el altar del Dios tres veces Santo, que no hay mas Dios que el Dios verdadero, y ese Dios cuya presencia llena los cielos y la tierra, no quiere que se le represente por medio de imágenes, ni que los hombres busquen intercesores y medianeros: para abogar por los pecadores basta con Jesucristo.

En sentir de Celso, los cristianos eran unos charlatanes de profesion, que solo ambicionaban el favor de los niños, de los esclavos é ignorantes. «¿Qué religion es esta que muestra tan marcada predilección por los viciosos y criminales? ¿Qué hombres son esos que se callan delante de los hombres inteligentes y solo hablan delante de mujeres?»

Los protestantes, dicen los católicos, realizan sus conquistas entre lo mas ruin y miserable de la sociedad. Sus secuaces son como ellos,

gente perdida, sin instruccion, sin moralidad; son la hez del pueblo, los que salen de la Iglesia católica cuya santidad es incompatible con sus vicios. Esto decia Celso, esto dicen los romanistas. Celso no comprendió nunca el amor divino del Cristo, que se sacrificó por arrojar al hijo pródigo en los brazos de su Padre celestial; su corazón mezquino no podia concebir esa predilección de los cristianos por los criminales, esa sublime caridad que ama tanto mas cuanto mas despreciable es el objeto amado; los católicos romanos, que solo aspiran á ver á su Pontífice rodeado de una aureola de gloria mundana y á contar entre sus secuaces á los grandes de la tierra; los católicos romanos que nunca se han preocupado del pobre pueblo para levantarlo, y sí solo para explotarlo, no comprenden la marcada predilección de los protestantes por esa hasta hoy desheredada clase de la sociedad, y le arrojan á la cara sus vicios, cuando ellos han sido sus directores espirituales; su ignorancia, cuando ellos, y solo ellos, han sido sus preceptores, y no ven ¡ciegos! que la ignominia con que quieren cubrir á los pequeños, á los pobres, á los seres que Jesús amaba, recae sobre ellos mismos, que teniendo tantos elementos para moralizar, han preferido dejar al pueblo sumido en los vicios y la ignorancia, porque esos vicios y esa ignorancia les proporcionaba oro con que alimentar sus vicios. Los romanistas no conocen ó no quieren conocer que los protestantes en España se ocupan en anunciar al Dios amor que no quiere la muerte del pecador, sino su conversión y su vida; en decir á los españoles que Dios es Espíritu y que es necesario adorarlo en Espíritu y en Verdad; en predicar que no hay mas Medianero que Jesucristo, y que los santos que Roma venera como Medianeros, solo sirven para aumentar las riquezas del clero; en exponer una moral mas santa, mas pura que la de los romanos, toda saturada de un espíritu jesuítico; en unir en santo matrimonio á los que por no disponer de dinero con que pagar al cura, vivían mala y criminalmente; en abrir escuelas gratuitas para que el niño que solo tenía en perspectiva el embrutecimiento, se instruya y sea capaz de cumplir con sus deberes de ciudadano; en difundir con toda profusion la Santa Biblia, para que todos sepan que la religion de Cristo no es la que enseñan Roma y sus sicarios.

(Se continuará.)

LA MISA.

(Continuación.)

Hasta la campana que llama al fiel á la misa, tiene una profunda significación. El badajo de la campana cuyo sonido se escucha á larga distancia, significa nada menos que la lengua del predicador. Es una lengua de bronce puesta en lo alto que llama á toda la comarca á presenciar en horas determinadas el sacrificio de Cristo. Cuando el monaguillo la pone en movimiento, en el acto de su elevación, representa la vida contemplativa del cristiano, y en su descenso, la vida activa. Cuando se consagran las campanas, el obispo las concede el privilegio de deshacer las tempestades con su sonido y de arrojar á los diablos de sus alrededores, lo cual no impide que el rayo se burle de ellas y las hiera con harta frecuencia. Se tocan

con inmenso estruendo para llamar á los cristianos cuando hay que decir misa á un muerto rico, pero su clamoreo es insignificante ó nulo cuando el muerto es pobre. Entonces no hay misa, ni responsos, ni toque de campanas.

En verdad, dice un escritor, podemos asegurar que jamás la Escritura ha sido alegada con mayor destreza; y sus aplicaciones hechas tan á propósito tienen tanta gracia, como el dicho de Casiano y de los monjes de su tiempo, cuando aseguraban que sus hábitos se parecían á los trages de los niños, porque estaba escrito: «Si no sois vosotros como niños, no entrareis en el reino de los cielos,» ó como aquella otra frase de aquel que decia antes de Sócrates: *Quæ supra nos nihil ad nos*, (lo que está encima de nosotros no nos pertenece) porque el sombrero que llevaba era prestado.

El sacerdote se viste de distintos colores, segun los dias. Hoy hay cinco colores nada menos: el verde, el blanco, el negro, el violeta, el rojo. Ayer eran cuatro solamente. La Iglesia inmutable no lo es ni siquiera en los colores de las casullas. Cuando los apóstoles estuvieran de buen humor, escribía graciosamente un cristiano evangélico, es de presumir que cantarán misas solemnes vestidos de verde, de rojo ó violeta. «En la primitiva Iglesia, añade un antiguo escritor católico, el sacrificio se hacía en vasos de madera y con vestidos comunes. En aquel tiempo los cálices eran de madera y los sacerdotes de oro; pero hoy sucede todo lo contrario.» Hoy podemos decir nosotros: los cálices serán de oro y podrán estar recamados de piedras preciosas, pero los sacerdotes son seguramente, no ya de madera, sino de barro.

III.

El cura para decir misa ha de estar revestido y en ayunas.

El sacerdote debe decir la misa revestido. Sería un crimen y un pecado que Dios no perdonaria nunca, el que un clérigo cualquiera se atreviese á decir misa sin los correspondientes hábitos sacerdotales. Estos han de estar benditos, se entiende, y consagrados por el obispo.

El cura se pone el amito, porque el apóstol Pablo escribió á los Efesios: «Poneos el casco de salvación:» el alba, porque se lee en el Eclesiástico: «Que tus vestidos sean blancos:» el cingulo, porque significa la castidad; como ha dicho Inocencio III, la lujuria está en los riñones y está escrito: «la justicia será el ceñidor de tus riñones:» la estola, porque segun Mateo, significa el yugo del Señor: el manípulo, porque está escrito en un salmo: «Volverán con trasportes de alegría llevando los hacecillos de mieses:» y la casulla, en fin, que cubre todas las otras partes del traje, símbolo de la caridad, porque Pedro ha escrito estas palabras: «La caridad cubrirá una multitud de pecados.»

Pero no es este el requisito solo que necesita un cura para decir misa. Ha de estar cubierto por fuera y vacío por dentro, ó para decirlo en lenguaje mas comprensible, ha de estar en ayunas al sacrificar á Cristo. El cura no puede comer nada desde las doce de la noche en adelante si ha de decir misa al otro dia. Por supuesto que gran número de curas, y conocemos muchos que lo hacen, cenan y almuerzan con extraordinario apetito antes de ir á comerse á Cristo. La oblea milagrosa no tiene eficacia si quiera para llenar un estómago vacío. El sacerdote que comulga en la misa habiendo comido aquel dia la cosa mas mínima, comete un pe-

cado mortal y condena á Cristo. Y sin embargo, puede suceder que haya un cura que padezca una enfermedad cualquiera del estómago, que tenga estremada debilidad, y le sea preciso comer de cuando en cuando; ¿cómo se vá á componer? ¿Vá á dejar de decir misa? ¿Vá á cometer diariamente un pecado mortal de ese calibre?

Jesucristo ¿qué hizo? ¿Tomó y dió á sus discípulos el pan y el vino sagrados antes de la comida pascual ó despues? ¿Tuvo escrúpulo alguno en hacerlo despues de la comida? Los evangelistas no hablan una palabra de nimiedad semejante.

En las páginas primeras del misal, hay un tratado de las cosas que deben hacerse en la misa. El cura está en ayunas, se dice en él, si no ha comido desde media noche en adelante; si ha comido y bebido antes de media noche, aunque no haya dormido ni hecho la digestión, puede celebrar la misa. Si ha pasado las horas anteriores á la media noche bebiendo y embriagándose en asquerosa orgía, puede sin embargo al día siguiente cantar misa, porque aunque tenga todavía lleno el estómago de manjares y vino, el hecho es que no habia comido despues de media noche. Nada importa que sea cosa demostrada, que si un hombre cualquiera en su estado normal necesita ocho horas para hacer la digestión, uno que ha pasado la noche entre el vino y las viandas de todas clases, necesite doce. El asunto es que la hora de reglamento son las doce de la noche, y antes el cura puede comer y beber á su placer.

IV.

Cautelas que inspira el misterio de la transubstanciación.

El alma del sacerdote católico verdaderamente creyente, está y no puede menos de estar llena de toda clase de dudas, de escrúpulos y de temores, cuya causa es ese tenebroso misterio de la transubstanciación. ¡Tantas cosas pueden suceder! Que el cuerpo de Jesucristo, en la hostia, caiga al suelo; que sea robado por los ladrones; que la hostia se enmohezca; que los ratones la roan, y otros mil accidentes fortuitos semejantes á los que tenían lugar en tiempos pasados, hoy por fortuna imposibles, como el de que el cáliz y la hostia estén envenenados. Para todos estos casos se toman precauciones y cautelas, que ni evitan el mal ni le curan despues de tenido lugar.

Si el pan no es de trigo; si el vino está ágrío, ó tiene demasiada agua; si tiene el cura delante de sí doce ó catorce hostias y no quiere consagrar, por ejemplo, mas que ocho ó diez sin designar cuáles; si no tiene intención de consagrar en todos estos casos, se ordena que la consagración no se haga, y Dios se está muy quietecito en el cielo porque aquel pícaro cura que celebra la misa no le dá la gana de llamarle por medio de las palabras mágicas del conjuro de la consagración.

Hay que advertir, que la mayoría de las disposiciones y reglamentos para todas estas nimias futilidades, son de tiempos muy modernos, con lo cual se hace muy poco honor á la Iglesia antigua y al mismo Jesucristo, á quienes no se les ocurrieron, y en verdad que era difícil que esto sucediera, porque ni el uno ni la otra sabian una palabra de la transubstanciación.

De todas suertes, se vé la diferencia entre la religión falsa y la verdadera. El pueblo puede

adorar la hostia, y el cura, sin embargo, no puede haberla consagrado. El pueblo ha adorado un poco de harina, porque al cura no le ha dado la gana de tener intención de consagrarla. ¡Medrada religión es aquella en la que Dios está á merced de un cura, y el pueblo puede verse en el ridiculo caso de adorar á un pedazo de harina tomándole por Dios!

REFUTACION DEL CATECISMO

para uso del pueblo, acerca del protestantismo, por el cardenal G. Cuesta, arzobispo de Santiago.

(Continuación.)

Guillermo, obispo de Paris, dice del clero de su tiempo «que no tenía ni piedad ni doctrina, que era un cenagal monstruoso de todos los vicios, que la Iglesia estaba convertida en una verdadera Sodoma y Babilonia y que los prelados manchan el cuerpo de Jesucristo.» (De Coll. Benes.) Math. Paris nos traza el siguiente cuadro de vuestra Iglesia bajo el pontificado de Gregorio IX é Inocencio IV: «En este tiempo, dice, la fé comenzó á entibiarse de tal modo, que apenas quedaba de ella la menor chispa reducida á cenizas: la simonía se ejercía públicamente y sin rubor lo mismo que la usura, la caridad completamente estinguida, la religión pisoteada vilmente y la hija de Sion prostituida, afrentada y sacada á la vergüenza.» (Par. in hem. 3.)

¡Qué cuadro tan negro, desgarrador y sombrío de la corte y el clero romano! Es imposible mayor degradación; el espíritu de las tinieblas parece haberse encarnado en su seno, y Babilonia y Sodoma y el infierno no presentan una abominación mayor! ¿Cómo el espíritu de Dios pudiera morar en el fondo de tanta iniquidad? ¡Desgraciada, ciertamente, sería la sagrada causa de la verdad si no existieran en el mundo otros propagadores y defensores que estos apóstoles del mal y de la mentira!

No podrán, ciertamente, ser sospechosos los testimonios aducidos tomados de Santos Padres y de autores católicos romanos. No hemos querido citar á protestantes porque no se nos diga que somos parciales en la cuestión. Roma y el romanismo encuentran, pues, su propia condenación por boca de sus mismos apóstoles y defensores.

Vea, pues, el cardenal arzobispo de Santiago, que llama *peste* al protestantismo, cuál es el manantial de la verdadera *peste* que aflige á la cristiandad, la primera causa de todos los males, quienes manchan el cuerpo de Cristo, como dice el obispo de Paris, la *caverna horrible de malvados*.

¿Qué ha hecho Roma para encontrar salvación en tan inminente naufragio? ¿Qué ha hecho? Sacrificar en aras de su venganza dos inocentes víctimas, dos mártires cristianos por el solo delito de querer resucitar los tiempos apostólicos como única salvación en medio de la degradación universal. Despues de haber quebrantado el juramento solemne de seguridad que les hiciera, los quemó en nombre de Jesucristo y en medio de una bacanal horrosa de odio y de fanatismo el mas cruel. (1)

Y que la Iglesia romana era impotente para reformar las costumbres, lo demuestra bien el Concilio de Pisa en 1511, obligado á disolverse declarando «la necesidad bien evidente de reformar la Iglesia en su cabeza y en sus miembros.»

Llegamos al punto mas importante de nuestra refutación, á la enérgica y solemne protesta del siglo XVI.

Aquí es donde el cardenal Cuesta despliega toda su elocuencia, toda su habilidad para trazarnos un cuadro lo mas sombrío y denigrante que pudo dictar su pluma.

La esposición clara, sencilla y verídica de los hechos nos servirá de refutación.

En medio del deplorable y lastimoso estado de

(1) Juan Huss y Gerónimo de Praga.

la Iglesia de Cristo que acabamos de describir, llega el siglo XVI y con él la corrupción del clero y los abusos á su mayor apogeo.

Entonces llegó tambien al mas escandaloso extremo la venta de la remisión de todos los pecados y todos los crímenes por dinero, bajo el nombre de *indulgencias*, siendo uno de los mas infatigables traficantes Tetzel, enviado del Papa Leon X.

Lutero, monje agustino, hombre piadoso é instruido, levantó su voz de trueno en Alemania contra tan inícuos abusos, y bien pronto se inauguró la *Reforma*, fuerte y poderosa por todas partes. De este modo se vale Dios de lo que es humilde para confundir lo fuerte.

La Providencia en sus inescrutables designios, se ha valido siempre de hombres de fé y abnegación para sus justos fines; muchas veces consiente por un espacio de siglos los estravios de los hombres de la humanidad, mas llega su hora señalada en el reloj de la eternidad y entonces el castigo ó la salvación desciende de su mano omnipotente sobre la tierra.

Lutero fué, pues, un instrumento de la Providencia Divina para obrar la gran restauración religiosa del siglo XVI.

Lutero no vino á enseñar una nueva religión como nuestros enemigos pretenden.

La fé de la Iglesia primitiva, aquella verdadera fé de los discípulos de Jesucristo, de los mártires de los primeros siglos, del Evangelio en toda su pureza é integridad, es lo que vino á resucitar el inspirado monje agustino.

A la manera que Dios en los antiguos tiempos ha suscitado en el pueblo judío especialmente hombres de la masa comun del pueblo, llenos de sus dones y sus gracias para arrancar al pueblo de la idolatría y la corrupción, así en el pueblo cristiano se ha valido de un humilde monje para volver á la fé á la humanidad descarriada por los crímenes de la Iglesia romana.

Que el tráfico odioso de las indulgencias que Lutero condenó tan ardientemente no reconocia por causa la construcción del templo de San Pedro, como el arzobispo de Santiago pretende, está bien claro.

Casi todos los historiadores hacen mención de las fastuosas prodigalidades de Leon X; cuántas riquezas procuró acumular sobre todo para la rica dote que regaló á su hermana, nuevamente casada con el príncipe Cibo, hijo natural del Papa Clemente VIII, especialmente con las sumas reunidas desde la Baja Sajonia hasta el mar Báltico: «Esta circunstancia, dice M. Ch. Villers, del Instituto de Francia, era sabida de todo el mundo; y el dominico Tetzel tuvo la osadía de venir á las cercanías de Witemberg (donde vivia Lutero) á inaugurar su tráfico de indulgencias, fijar públicamente su vernal misión y apoyarse en sus predicaciones con una estravagancia y una grosería que apenas ha podido creerse hasta hoy. (*Essai sur l'esprit et l'influence de la ref. de Luter.*) Ouvrage couronné par l'Institut de France, 3 edit., pág. 61.) Para formarse una idea del tráfico que estableció el charlatan Tetzel, ved algunos rasgos de sus mas famosos discursos.

«Las indulgencias son el don mas sublime y mas precioso de Dios. Esta cruz (señalando una cruz roja) tiene tanta eficacia y virtud como la cruz de Cristo.» *¡Risum teneatis amici?* «Venid yo os daré cartas provistas de sellos, por las cuales hasta los pecados que habeis de comete en lo porvenir, os serán todos completamente perdonados. Yo no quisiera cambiar mis privilegios por los de San Pedro en el cielo, porque yo salvaré mas almas por mis indulgencias, que San Pedro por sus discursos. Las indulgencias no solo salvan á los vivos, sino tambien á los muertos.

Por lo tanto, el arrepentimiento no es necesario. En el mismo instante en que la moneda resuena en el fondo del cofre, el alma sale del purgatorio, vuela al cielo..... ¡Oh, gentes imbeciles y casi semejantes á las bestias que no comprendéis la gracia que os es rica y pródigamente ofrecida.

Hombre duro y ligero, tú puedes librar á tu padre del purgatorio, y eres demasiado ingrato para no librarle.... Yo te digo que aun cuando no tuvieras mas que un solo vestido, estabas obligado á venderle, á fin de obtener esta gracia. El Señor nuestro Dios ya no es Dios. Ha relegado todo su poder en el Papa. No existe pecado alguno tan grande que la indulgencia no pueda perdonar; como tambien si alguno, lo que es imposible sin duda, hubiere hecho violencia á la Santísima Virgen, Madre de Dios, que pague bien y todo le será perdonado.» (L. opp. (W.) xxii, p. 1.393, *Positionis fratris* 3 Tezelii: 56, 99, 100, 101, etc.) Ved aquí el comercio infame que sublevó el alma de Lutero, nutrida por tanto tiempo en la Palabra de Dios, y no como atribuye calumniosamente el cardenal arzobispo de Santiago, haciendo eco á los difamadores del insigne reformador, á una cuestion de envidia entre agustinos y dominicos por haber sido estos encargados con preferencia á aquellos de tan odioso tráfico. Es no saber, como vulgarmente se dice, á qué santo encomendarse, atribuir á una miserable querrela entre monjes, la grande, la inmensa y trascendental Reforma del siglo XVI, que ha operado cambios tan extraordinarios y prodigiosos en el mundo.

Era imposible, absolutamente hablando, si no fuera obra de Dios, haberse verificado esa regeneracion tan estupenda por una causa tan ruin y miserablemente insignificante. Los inescrutables desig-nios de la Providencia estaban allí. La mano de Dios señalaba á ese jigante y á ese siglo para la redencion de la humanidad degradada, para la salvacion de su Iglesia, para la conversion de Europa á la verdadera fé, para el restablecimiento sobre la tierra de los primeros tiempos de pureza é integridad evangélica.

(Se continuará.)

DISCUSIONES AMISTOSAS CON UN CATÓLICO.

I.

La tarde estaba serena. Una brisa dulce y apacible agitaba mansamente las verdes hojas de los árboles, bajo los cuales nos paseábamos mi amigo Carlos y yo. Alguna que otra vez nos deteníamos para ver cómo jugueteaban alrededor de las flores las pintadas mariposas, ó para admirar en sus trabajos á las incansables hormigas que á duras penas iban acumulando víveres para el tiempo de la escasez.

Así pasábamos el tiempo contemplando, admirando las bellezas de la creacion, cuando de pronto vimos que hacia nosotros marchaba nuestro buen Pedro, el católico mas amable que en mi vida he conocido. No vé la luz una hoja cualquiera que Pedro no lea, ni se pronuncia un sermón que Pedro no escuche. Todo su afán es encontrar nuevos argumentos contra el protestantismo, y cuando cree haber descubierto uno, viene inmediatamente en busca de Carlos, protestante por conviccion y cristiano por la gracia de Dios, para probarle que su religion no es la verdadera. Las discusiones suelen ser ruidosas; pero siempre se separan tan buenos amigos como antes. Por fortuna Carlos conoce bien la Biblia, y no es enteramente profano á la historia, dos armas poderosas que sabe manejar hábilmente contra Roma.

Pedro no nos habia divisado todavia, absorto como estaba en la lectura de un papel azulado que en su mano llevaba, cuando Carlos le distrajo diciéndole:

—Apuesto á que lees algun manifesto católico ó cosa por el estilo.

—¡Ah! sois vosotros,—dijo Pedro levantando la cabeza.—En efecto, no te has engañado. Leía el manifesto que acaba de publicar la «Asociacion de católicos de la junta parroquial de San José,» y te aseguro que no será muy del agrado de los herejes, vuestros hermanos. Publiquen los católicos docu-

mentos como este, y pronto tendreis que renunciar á vuestra obra. Lo siento por tí, Carlos, porque á pesar de tus estravios, y digan lo que quieran algunos sacerdotes quizás demasiado celosos por la Iglesia nuestra Santa Madre, la verdad es que te aprecio y no puedo ver sin dolor que hayas abandonado la religion de tus padres para escuchar las máximas anticristianas de esos señores mal llamados ministros del Evangelio. ¿Qué alimento espiritual puede encontrar un hombre como tú en esa capilla de la Madera Baja, á donde te llevó tu maldita curiosidad, y de donde no sales ahora por desgracia? ¿Qué doctrina es esa que esponen los pastores protestantes? ¿Poseen á lo menos una doctrina concreta y definida? (1) Mal has hecho en afiliarte en esa secta, y se conoce que te preocupa poco el porvenir de tus hijos; porque, dígame lo que se diga, y hágase lo que se haga, aquí, en España, aun prescindiendo de altas consideraciones, la vida oficial y el concepto público estarán siempre por el catolicismo y los católicos. ¡Y ahora que las instituciones protestantes sienten ya en todas partes el fin de la muerte, es cuando tú te haces protestante! Tú estás loco, Carlos. Vuelve al seno de la Iglesia, restaña la sangre que brota de su amoroso pecho por tí desgarrado, que todos te recibiremos con los brazos abiertos, deseosos como estamos de ejercer la caridad dentro de la verdad católica.

—No sé qué admirar mas,—repuso Carlos,—si tu buena memoria ó la ciega credulidad con que asientes á todas las afirmaciones de tus correligionarios.

—¿Qué quieres decir con eso de buena memoria y ciega credulidad?

—Digo que citas de memoria muchos trozos de esa hoja que acabas de leer, y que crees todo lo que contiene.

—¿Pues no he de creerlo, si todo lo que dice es la pura verdad?—añadió Pedro.

—¡La verdad!—repuso Carlos.—Si pudieras consagrarme algun tiempo te probaria que toda la hoja es un tejido de falsedades, de afirmaciones sin pruebas, de pérfidas insinuaciones indignas de quien se se llama y se cree discípulo de Jesucristo.

—Me partes el corazón con tu atrevido lenguaje, Carlos; pero sufriré cuanto sufrir pueda con tal de atraerte al camino de la verdad, de que has desertado. Allí veo un asiento de piedra, vamos allá y discutamos, que á un buen católico se le encuentra siempre en el terreno de la discusion.

Los tres nos dirigimos hacia el lugar designado por Pedro. El banco estaba situado en frente de una bonita fuente, cuyas aguas cristalinas al caer en el pilón producian un murmullo monótono, pero agradable. A un lado y otro las lilas en flor exhalaban su agradable perfume; nuestros piés pisaban un tapiz de verde yerba; en frente, hacia la izquierda, el Manzanares serpenteaba jugueteando y caprichoso, y allá á lo lejos cerraban el horizonte las nevadas cumbres del Guadarrama. Yo me senté en un extremo del banco, y gracias á unos apuntes que tomé mientras ambos hablaban, y á la marcada atencion con que escuché sus palabras puedo reproducirlas ahora, si no literalmente, con bastante fidelidad á lo menos para que ninguno de los dos pueda acusarme de haber desfigurado el fondo de su argumentacion. El primero que usó de la palabra fué Carlos.

(Se continuará.)

MEDITACION.

«Porque por fé andamos, no por vista.» (2.ª á los Corintios, (v, 7.)

La fé no es la adhesion ciega y sin inteligencia á lo que en la niñez nos han enseñado. Creer en un conjunto de dogmas porque nuestros padres han

(1) Las palabras subrayadas están tomadas de la hoja de la Asociacion de católicos de San José.

(Nota de la Redaccion.)

creído ó porque en ellos creen los hombres á quienes conocemos, no es creer como el Evangelio ordena. Esa fé no puede agradar á Dios. Dios no nos ha creado seres libres, ni nos ha enriquecido con dones preciosos como la inteligencia, el corazón y la voluntad para que los pongamos en manos de un hombre cualquiera, sino para que nos sirvamos de ellos en honor y gloria de nuestro Creador. «Como á sabios os hablo, juzgad vosotros lo que digo,» escribía San Pablo á los Corintios; y nosotros como los fieles de los primeros tiempos del cristianismo tenemos el derecho de juzgar las doctrinas que se nos enseñan, aun cuando nuestro director hubiese llegado á la altura del apóstol Pablo.

No, para que nuestra fé en una religion sea verdadera, preciso es estudiarla antes que nuestra conciencia pronuncie su fallo soberano. Cuando esto se ha verificado, cuando nuestra conciencia nos ha obligado á repetir las palabras de San Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios» podemos obedecer; porque nuestra obediencia es un verdadero acto de libertad. Entonces y solo entonces creemos; entonces creer es confiarse en la fidelidad de Dios y considerar cada una de sus palabras como la realidad que sobrepuja á todas las realidades; creer es tener la firme persuacion de que si necesario fuera para salvar nuestras almas trastornar el orden del mundo, Dios lo trastornaria; creer es estar seguro de que todos los acontecimientos del mundo, favorables ó adversos, van en caminados por la mano de Dios para que contribuyan á nuestro bien; creer es vivir en comunión íntima con Jesús, el Cordero de Dios inmolado por nosotros para salvarnos y alcanzarnos una eterna felicidad; creer en la práctica de la vida, es cumplir fiel y escrupulosamente con nuestro deber, porque así lo ordena Dios; creer es amar á nuestros semejantes como á nosotros mismos y á Dios sobre todas las cosas.

Esta es la fé por la que nosotros, cristianos, marchamos, segun dice el apóstol Pablo.

Ya sabemos lo que es la fé; pero ¡ay! que los discípulos de Cristo están lejos de ponerla en práctica. Hay en ellos momentos de lucha durante los cuales anhelan marchar por la vista, y entonces se dirijen preguntas dolorosas que les debilitan. ¿Por qué la fé y no la vista? ¿Por qué el sufrimiento? ¿Por qué la muerte? Cuestiones inútiles que á nada conducen. Tanto valdria preguntar por qué nuestro planeta gira al rededor del sol, ó por qué el ave no puede volar en el vacío. En vez de atormentar nuestros espíritus con esas cuestiones, aprovechémonos de las magníficas promesas concedidas al que marcha por la fé. Jesucristo ha dicho delante del sepulcro que encerraba los restos mortales de su amigo Lázaro: «¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?»

Mucho puede la fé. ¿Qué sostuvo al patriarca Abraham en aquel viaje que hizo al monte Moriah á donde iba para ofrecer en holocausto á su hijo único? La fé. ¿Quién dió á Moisés el valor necesario para que se alejara de la familia real de Egipto escogiendo antes ser afligido con el pueblo de Dios que gozar de las comodidades temporales del pecado? La fé. ¿Quién puso en el corazón del apóstol Pablo el deseo de conquistar almas para Cristo, y quién le dió bríos para llevar el Evangelio desde la Arabia hasta Roma despues de haber dejado tras sí un número tan considerable de importantísimas iglesias? La fé. ¿Quién sostiene á los misioneros en sus penosos viajes; quién á los mártires delante de la muerte? La fé; siempre la fé. Los héroes del judaismo y del cristianismo, ¿han visto mas que nosotros? No; pero han creído mas que nosotros.

Al salir el hombre de las manos del Creador, su frente, adornada con la pura corona de la inocencia, estaba llamado á marchar por la vista porque el pecado no habia interpuesto aun su negro velo entre los cielos y la tierra. Pero ahora que el pecado reina tenemos que marchar por la fé. Un abuso de libertad ha sido la causa de nuestra desgracia; un sábio uso de nuestra libertad nos pondrá de nuevo en el camino del bien.

Cuando un soldado, faltando á las severas leyes del honor militar, huye delante del enemigo, hay dos modos de castigarle: ó se le degrada y se le fusila, ó en el primer combate se le coloca en el puesto de mas peligro. Esta prueba ha dado á veces magníficos resultados. Los cobardes se han convertido en héroes.

Sobre una base semejante descansa todo el plan de Dios. Faltamos en las pequeñas cosas, y para reparar nuestra falta, Dios nos llama á darle testimonio en los grandes acontecimientos de nuestra vida. Abrid la Biblia y aprended.

Dios promete á Abraham un hijo. El patriarca se impacienta y pide uno á una de sus esclavas. Dios le concede el hijo prometido; mas para pedirselo despues en sacrificio. Has sido débil un momento, dice Dios; yo te probaré en una gran cosa de la que saldrás vencedor por la fé.

Moisés se impacienta y hiere tres veces la roca dudando que el agua brote; Dios le dice: marcharás por la fé cuarenta años en un desierto.

San Pedro tiembla y niega á Cristo delante de una mujer: Jesús le llama para que confiese su nombre delante de todo el pueblo de Jerusalem.

La humanidad flaqueó cuando tenia que marchar por la vista: Dios la llama ahora á que marche por la fé. ¿Acusaremos á Dios por haber tenido confianza en su criatura libre? No; démosle gracias mas bien por el llamamiento que ha hecho á nuestra dignidad al hacernos marchar por la fé.

LAS DOS MARIPOSAS.

FÁBULA.

Juntas habitaban
En una arboleda,
Dos mariposillas
Fieles compañeras.
La una era jóven
Y la otra vieja,
Las dos se querian
Pero muy de veras;
Mas la jovencita
Que era muy traviesa,
Nunca sosegaba,
Siempre estaba inquieta,
Deseaba algo
Y feliz no era,
Pues no puede serlo
Quien algo desea.
Un día de estío
Y á la hora aquella
En que con sus rayos
El sol nos calienta,
Digo nos abrasa,
Dirigió la vieja
A su amiga jóven
Las palabras estas:
«Dime, buena amiga,
Dime, compañera,
¿Qué tienes? ¿Qué tienes?
Dílo con franqueza,
Te veo muy triste,
Saber yo quisiera
Tu afliccion tan solo
Por calmar tus penas.»
A lo que la jóven
De aquesta manera
Contestó: «Mi amiga,
¿Lo quieres? Pues sea.
De vivir me canso
En esta arboleda,
Tambien me fastidian
Los montes, las selvas,
Los cerros, los llanos,
Los prados, las huertas;
Las flores y fuentes
Que á tí te embelesan,
Me causan hastio

Y me dan jaqueca;
A otras regiones
Volar yo quisiera,
Me voy, pues, amiga,
No esperes que vuelva,
Adios para siempre,
Adios compañera.»
Y el rápido vuelo
Levanta, se eleva
Y sube mas alto
Y al cielo se acerca,
Y en tanto su amiga,
Que todo lo observa,
Al ver como sube
Así se lamenta:
«Inocente baja,
No subas tontuela,
El sol quema mucho,
Tus alas son tiernas,
Muy caro tu ascenso
Costarte pudiera,
Mas ah, que mis voces
A tí ya no llegan,
Ya en vano consejos
Te dá la experiencia.»
«¿Me oiste? ¡Ya baja!
Desciende lijera,
Ven amiga mia,
Baja pronto, llega,
Mas cae rodando,
Qué veo, no vuela,
Voy á recibirla,
Voy á socorrerla.»
Así por su amiga
Pasando gran pena,
Así sollozando,
Clamaba la vieja.
Do estaba su amiga
Voló con presteza,
Y hallóla muriendo,
Mejor dicho, muerta.
¡El sol abrasóla!
¡Oh suerte funesta!
Y ante la desgracia
De su compañera,
Dijo la prudente
Mariposa vieja:
«Esto es lo que pasa
Con mucha frecuencia
Al que es ambicioso
Si no se modera.»

JAIME MARTÍ MIQUEL.

EL DEBER ANTE TODO.

En estos tiempos en que el nivel de las fuertes convicciones religiosas ha bajado de una manera tan sensible; en estos tiempos en que por un poco de dinero, por una posicion social por modesta que sea, se sacrifica lo que el hombre posee de mas precio, la conciencia, es bueno citar hechos que demuestren que aun no se ha estinguido la raza de los que buscan en primer lugar el reino de Dios y su justicia, sin preocuparse de las consecuencias que puedan tener la consumacion de los hechos dictados por el deber. La comunicacion que á continuacion insertamos honra sobremanera á la jóven cristiana, que no ha temido manifestar cuáles sean sus creencias religiosas, por mas que su noble confesion la prive del bienestar que su silencio la hubiera proporcionado. No ha hecho mas que cumplir con su deber despues de todo; pero son tan raros los que hoy colocan el deber en primera línea, que no titubeamos en darle nuestra mas sincera enhorabuena, y en asegurarla que su accion no quedará sin recompensa, porque todo aquel que confiesa á Cristo delante de los hombres, obtendrá que Cristo le confiese á su vez delante de nuestro Padre celestial.

Dice así la comunicacion á que aludimos:

Sr. Presidente de la Asociacion de la doctrina cristiana catequista:

Habiendo abjurado de la religion católica apostólica romana, y abrazado la evangélica universal, que creo es la verdadera de Jesucristo, basada en las Santas Escrituras, no debo en conciencia seguir enseñando una doctrina que no profeso.

Dimito por lo tanto el honoroso cargo que se me ha confiado, y remito á Vd. el título que me autorizaba para ejercerlo. De Vd. afectisima,

JULIA HERNANDEZ.

UN OBISPO PINTADO POR EL PADRE JACINTO.

El padre Jacinto ha dirigido á la Italia de Florencia la carta siguiente, en la cual pinta á grandes rasgos, y sin pararse en pormenores, el carácter de un prelado romano, monseñor Nardi:

«Conozco personalmente á Mgr. Nardi, y no lo estimo lo bastante para contestarle. Esta vez ha puesto su firma al pié de las injurias que me dirige; mas es fácil reconocer la misma pluma anónima que en 1868, cuando predicaba la Cuaresma en San Luis de los Franceses, me calumniaba en el *Osservatore cattolico* de Milan, mientras que en Roma, el mismo Mgr. Nardi, me convidaba á su mesa y me concedía el título de amigo, que nunca le he devuelto.

«Todo lo que tengo que decir á Mgr. Nardi es que aun cuando yo hubiera atacado la santidad del celibato, lo que á Dios gracias no he hecho, no es á él á quien corresponde tomar su defensa. La reputacion que se ha hecho ó le han hecho bajo el punto de vista de la moral, le quita toda autoridad en estos asuntos.

«París 22 de marzo de 1871.

»JACINTO.»

Duro, en verdad, es el correctivo que el padre Jacinto aplica á ese señor mitrado. Pero ¿qué menos puede decirse de un hombre que convida á comer á otro y le llama amigo, al mismo tiempo que le calumnia bajo el velo del anónimo. ¿Qué menos puede decirse del hombre que se asusta por las palabras que acerca del celibato, y que ya conocen los lectores de LA LUZ, escribiera el padre Jacinto, mientras que su vida es una vida de desórdenes?

Verdaderamente se necesita ser obispo romano para conducirse así.

ANTONIO PEREZ.

Una de las víctimas mas atormentadas por la intolerancia del siglo XVI, fué el antiguo secretario de Felipe II, su ministro y privado, Antonio Perez. Quince años nada menos sufrió, desde 1578 en que murió el célebre Escobedo, secretario del hijo bastardo de Carlos V, D. Juan de Austria, hasta abril de 1590 en que logró huir á Aragon. Cuando logró huir todavia no habia convaltecido de la descomposicion de miembros que habia producido en él el tormento segundo del torno que le habia sido aplicado.

Referiremos, tomándole desde este mismo momento, el proceso contra el antiguo privado.

Una vez Antonio Perez en Aragon, Felipe II despachó agentes para prenderle. El antiguo secretario espuso que se ponía al amparo de los fueros de aquellas libres provincias, y que queria ser conducido, en vez de á la cárcel pública, á la cárcel del reino ó de los manifestados, que así se llamaba tambien. Este nombre provenia de que entrando solo en ella los que lo querian voluntariamente, se manifestaban; es decir, este era el término; ellos mismos se sometían á la potestad del reino, implorando la proteccion de los fueros. Los beneficios que alcanzaban los manifestantes eran varios: el primero, estar exento de todo tormento; el segundo, el de poder salir de la cárcel con caucion despues de haber respondido á la acusacion, y el último, de que, aun condenado el reo á muerte, podía apelar al Justicia Mayor del reino para que éste viera si en la ejecu-

ción ó en el proceso había algo que violase los fueros.

El rey intentó traer el preso á Madrid, pero no lo logró. Dió poderes para acusarle en Aragon como divulgador de secretos de Estado, por haber falsificado cartas de oficio, y por haber espuesto al rey causas falsas é inciertas para que decretase, como lo hizo, la muerte de Escobedo. Al cabo de algun tiempo el rey tuvo que apartarse de su querella para evitarse la vergüenza de ver absuelto á su perseguido. Pero para evitar que Antonio Perez fuese puesto en libertad, hizo que se le comenzase el proceso conocido con el nombre de *enquesta*. En la legislación foral, este proceso se forma tan solamente á aquellos que han cometido abusos ó delitos en el ejercicio de empleos ó magistraturas públicas. Se dijo en este nuevo proceso, que Antonio Perez, en el ejercicio de su cargo, no había sido mas que un criado del rey; que éste tenía sobre ellos libre y despótico poder para castigar sus faltas é infidelidades; que Antonio Perez había cometido muchas, y que por tanto debía castigársele. Antonio Perez destruyó completamente estos cargos con buenas razones, y manifestó á mas que, á pesar de la sustracción de papeles hecha á su esposa D.^a Juana Coello en 1585, todavía tenía en su poder los bastantes para descargarse y mostrarla maldad del cruel Felipe II. En efecto, enseñó copias de estos papeles á varios personajes afectos al rey, noticiándole al propio tiempo por su conducto, que sabía que había sentido la presentación de aquellos documentos, pero que presentaría otros todavía mas graves referentes á terceras personas si la persecucion seguía, porque ni él ni sus hijos estaban en el caso de sufrir nuevos y dolorosos dias de dolor y encarcelamiento.

Esto bastó para que el rey, cobarde como todos los tiranos de conciencia manchada, hiciese suspender la causa de *enquesta*. Perez entonces quiso salir de la prision bajo fianza, pero no lo logró, y dió oídos á proyectos de fuga de que le habló D. Juan Francisco Mayorini, compañero suyo de prision. Se condujo tan torpemente el negocio, que el proyecto de fuga se descubrió; bien que Antonio se condujo en él de suerte que nada pudo probarsele, recayendo en él, cuando mas, indicios mas ó menos graves de sospecha. Se examinaron testigos, y de este examen surgió el proceso del Santo Oficio, de que vamos á hablar.

El 19 de febrero de 1591 escribió el regente de la Real Audiencia de Aragon al inquisidor Molina las siguientes palabras:

«En la residencia que tomó Antonio Perez se ha descubierto que la huida de la cárcel que Juan Francisco Mayorini y él procuraban, era para irse al Bearné y á otras partes de Francia donde hay herejes, para los fines que de la probanza que sobre ellos he hecho mandare Vd. ver. Y por ser cosa de la cual podría resultar muy grande deservicio del rey nuestro señor, me ha parecido advertirlo á Vd., y enviar copia de ella para que Vd. y esos señores tengan noticia y lo manden ver y considerar como acostumbran y á mí en su servicio, etc., etc.»

Los testigos dijeron buenas cosas; bien que los escribanos del proceso estaban interesados en complacer al rey. Se suponía que Perez y Mayorini habían dicho un día, meditando sus proyectos de fuga, «que se irían al Bearné y buscarían á Enrique IV y á su hermano, y á otras partes de los reinos de Francia donde había muchos herejes enemigos en quienes confiaban les acojerian y les apreciarian mucho por los secretos que el dicho Perez sabía de los asuntos de Felipe II y de sus reinos que ofrecía descubrir allí, diciendo palabras muy duras y de mucho desacato contra la magestad del rey, y que habían de hacer todo el daño que pudieran en tales cosas.»

Juan de Luna, noble aragonés, manifestó que había oído decir á Mayorini que solo no se escaparía, pero sí con Perez, al que llevaría al Bearné y le valdria mucho dinero. Diego de Bustamante, criado que había sido de Perez, declaró «haber oído á su señor, que caso de salir mal de su recurso, se iría á Francia y pediría á Mme. de Bearné que le diese un rincón donde pudiese estar seguro y que iría don-

de le mandase. Que sobre este asunto trataba Perez con Mayorini por billetes, preso en cuarto distinto. Que un día dijo el mismo al declarante escribiese á Mayorini que acabase con sus trazas y mostrase lo que sabía, *aunque se ayudase del diablo*. Pero el testigo añadió, que él había conocido que aquella proposición de su amo era dicha en tono de burla.»

Otros testigos declararon próximamente las mismas inocentadas, graves crímenes una vez puesto el asunto en manos de la Inquisición.

(Se continuará.)

EL ALMA Y LA MATERIA.

Nace el hombre allá en la calma
De su tranquilo no ser,
Y en la union de cuerpo y alma
Cobra vida el padecer.

Huye la humana miseria
El alma tras lo ideal,
Y se arrastra la materia
En inmundo cenagal.

En dos diferentes puntos
Traen su atencion embebida.....
¿Pues cómo pueden ir juntos
Cuerpo y alma en una vida?

De iguales fuerzas los dos,
¿Cuál puede vencer aquí?
Ella á él le arrastra en pos,
Y él la arrastra en pos de sí.

Lucha enorme y desigual
Origina ese vaivén
Del cuerpo, yéndose al mal,
Del alma yéndose al bien

Lucha en que está establecido
Para aumentar su fragor,
Que siempre quede el vencido
A merced del vencedor.

¡Ay de aquel triste en la tierra
Que ya perdida la calma,
Lleva en su ser esa guerra
De la materia y del alma!

Guerra audaz como ninguna
Y cual ninguna espantosa,
Que principia en nuestra cuna
Y nos sigue hasta la fosa.

Fantasma que en su despecho,
Con una intencion aviesa,
Se acomoda en nuestro lecho
Y se pone á nuestra mesa.

¿Quién puede arrancar de sí
Ese tormento maldito,
Que llena de frenesí
Y ensordece con su grito?

Mas ¡ay! que en la oscura tierra
Lanzando fulgente luz,
Pusieron coto á esta guerra
Un calvario y una cruz.

Allí, víctima sagrada,
Templado justos enojos,
En pago de una lanzada
Al hombre le abrió los ojos.

Allí le cerró un infierno,
Diciéndole, paternal,
Que el bien del alma es eterno,
Que el bien del cuerpo es mortal.

Y ¡ay! del hombre que no calma
Su afán de mortal miseria!
¡Ay de aquel que arroja el alma
A los pies de la materia!

PASCUAL DE LA CALLE.

PARA EL PUEBLO.

Escucha, pueblo: tú tienes necesidad de una religion: no de una religion cualquiera; sino de una religion que te instruya y te moralice.

Tú tienes necesidad de la religion de Cristo, y no de la que se ha fabricado en Roma. La religion de Cristo ha hecho libres á los individuos y grandes á las naciones: la de Roma ha tiranizado á los hombres y empequeñecido á los pueblos.

No te dejes alucinar por las palabras gloria y honor con que los curas acarician tus oídos; no te dejes deslumbrar por las grandezas del catolicismo en la Edad Media. Entonces se ensayaba el sistema que tan fatales consecuencias ha producido en nuestros dias.

Tú tienes necesidad de una religion que te trate como á hombre, y no de una religion que te maneje como á niño.

La Iglesia romana te considera como á niño á quien es necesario mantener en perpétua tutela. Por eso Roma habla mucho á tus sentidos, y nada á tu razon y á tu conciencia.

Por eso te divierte con santos, reliquias, incienso, luces, vidrios de colores y procesiones.

A los niños es menester entretenerlos para que estén contentos.

Y tambien saber lo que piensan.

Por eso Roma procura conocer tus secretos; por eso el cura indaga lo que haces, lo que piensas, lo que quieres. El cura conoce los secretos de tu hogar, y gobierna en tu casa, y te dirige en todo y por todo.

Y si tú, incrédulo ó indiferente, no acudes al confesonario para decir al cura lo que piensas ó lo que sientes, este procura saberlo por medio de tu mujer ó de tu hija. El resultado es el mismo, y una sola es la tendencia de Roma; gobernarte á su capricho.

Cuando ya es dueño de tu casa, poco le importan tus acciones con tal que su autoridad sobre tí sea incontestable.

El te aconsejará siempre que te sometás á lo que él te ordena, comprendas ó no lo que te dice. Cree sin exámen, porque si no pecas. Cree aunque decapites tu inteligencia.

Obedece al cura aun cuando lo que manda repugne á tu conciencia; obedece, aun cuando tu conciencia muera.

¿Y qué puede dar de sí una nacion cuyos hijos abdicen su inteligencia y su conciencia en manos de un cura romano? La ignorancia y la inmoralidad.

La religion de Cristo te se presenta revestida de otros caracteres. Habla poco á tus sentidos, y mucho á tu conciencia y á tu razon.

No creas, dice, sin haber juzgado.

Examínalo todo: reten lo bueno.

Pésalo todo en la balanza de tu conciencia.

Porque la religion de Cristo quiere formar hombres y no apariencias de hombres.

Y como la razon y la conciencia son todo el hombre, por eso el Evangelio tiende á desarrollar esas dos nobles facultades. Lo contrario es degradarte.

Y el Evangelio no te quiere degradado.

El Evangelio sabrá humillarte cuando lo necesites; pero será siempre con la idea de ensalzarte, con la idea de hacerte hombre, hombre completo, hombre como Dios te quiere.

Ahí tienes por qué necesitas del Evangelio; de ahí el que tu religion debe ser la evangélica.

TEXTOS

PARA LOS DIAS DE LAS PRÓXIMAS SEMANAS.

Domingo 16 de abril. Salmo c, 2.—Servid á Jehová con alegría: venid ante su acatamiento con regocijo.

Lunes 17. Deuteronomio, i, 30.—Jehová, vues-

tro Dios, el cual vá delante de vosotros. Él peleará por vosotros.

Martes 18. Deuteronomio, v, 33.—Andad en todo camino, que Jehová vuestro Dios os ha mandado para que vivais y os vaya bien, y tengais largos días en la tierra que habeis de poseer.

Miércoles 19. Samuel, II, 9.—Jehová guarda los pies de sus santos; mas los impíos perecen en tinieblas, porque nadie será fuerte por su fuerza.

Jueves 20. Salmo LV, 16.—Yo á Dios clamaré, y Jehová me salvará.

Viernes 21. Lucas, XIX, 10.—El Hijo del Hombre vino á buscar y á salvar lo que se había perdido.

Sábado 22. Efesios, I, 7.—En el cual (Jesús) tenemos redención por su sangre, la remisión de pecados por las riquezas de su gracia.

Domingo 23 de abril. Salmo xcv, 6.—Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor.

Lunes 24. Isaías, LXIV, 8.—Ahora, pues, Jehová, tú eres nuestro Padre: nosotros lodo, y tú el que nos formaste: así que obra de tus manos somos todos nosotros.

Martes 25. Salmo cxix, 73.—Tus manos me hicieron y me formaron: hazme entender, y aprenderé tus mandamientos.

Miércoles 26. Oseas, XII, 7.—Tú, pues, conviértete á tu Dios: guarda misericordia y juicio, y en tu Dios espera siempre.

Jueves 27. Hechos, III, 19.—Así que arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados.

Viernes 28. 1.ª Juan, I, 7.—La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.

Sábado 29. Tesalonicenses, V, 15.—Mirad que ninguno dé á otro mal por mal; antes seguid lo bueno siempre los unos para con los otros, y para con todos.

BIOGRAFÍA.

(Continuación.)

CONVERSION DE UNA CATÓLICA CONTADA POR ELLA MISMA.

«Examinadlo todo; retened lo bueno.» (2.ª Epístola del apóstol San Pablo á los Tesalonicenses, cap. V, 21.)

Llegamos por fin al teatro, y ocupamos nuestro palco en ocasion que hallábase levantado el telón, y de una rápida ojeada vi una escena encantadora. Inmediatamente inclinéme hácia mi buen padre, y sácame de aquí, le dije. Tal vez la ansiedad que se hallaba pintada en mi rostro, ó el temor de que de repente me hubiese puesto mala, le impresionó; ello es que salimos sin la mas mínima explicación, y una vez ya fuera, le confesé que parecíame cometer un gran pecado quedándome en aquel sitio, y entonces le supliqué que me volviera á llevar á casa. Aun estoy sorprendida de cuán fácilmente accedió á mi súplica, y «hubieras debido hablar antes, me dijo, pero no quiero violentarte.» Volví á mi casa, habiendo puesto por vez primera y última mis pies en un teatro.

Esta victoria dióme un poco de valor, pues vi que Dios me había sostenido; pero ¡ay! esta fuerza de que estuve animada en esta ocasion, no siempre acudía yo á implorarla de la misma fuente.

Pero habrá quien diga: ¿tan gran mal es ir al teatro por una vez? No es este precisamente el lugar de debatir esta cuestion, y por otra parte, yo no estoy llamada á juzgar á nadie, pues que cada uno es responsable de sus actos ante Dios y su conciencia; pero por lo que á mí hace, hubiera sentido mucho que la atracción hácia ese espectáculo hubiese sido en mí bastante poderosa, y que una vez en la pendiente de esas frivolidades, no me hubiera podido contener: menester, pues, era huir de aquel sitio, y entonces como hoy, creo que hice bien; porque no

quisiera nunca que llegase á sorprenderme mi última hora en medio de tan fútiles preocupaciones.

Nuestro paso en el mundo «es un tiempo de combate,» y si nada acaba, «no olvidemos que la eternidad empieza aquí en la tierra.» ¡Sí, bendito sea Dios por haber puesto en mi alma el deseo de la felicidad eterna!

Aunque sea por demas estensa en la descripción de esa lucha interior que mi espíritu venia sufriendo, no quisiera dejar lugar á creer que durante los años que se han pasado desde que abandoné el convento, he podido olvidarme de aquellas impresiones. No, porque allí nuestras maestras solo querían vernos alegres y dichosas, y nosotras gozábamos entonces de todos los privilegios de la juventud.

El estudio y el recreo alternados, ocupaban nuestra vida en aquel convento de la manera mas agradable del mundo, pues nos levantábamos á las cinco de la mañana, bastando media hora para nuestro tocado, que hacíamos siempre sin espejo alguno, porque estaba prohibido en el claustro; y á la salida, pasábamos delante de dos religiosas encargadas de examinarnos de pies á cabeza para ver si íbamos bien arregladas. Desde allí bajábamos á nuestra preciosa capilla, verdadero retrete donde penetraba la luz al través de cristales de color que enviaban sus rayos sobre un fondo azul de cielo cuajado de estrellas de oro, así como tambien sobre el altar de la Virgen patrona del convento. Allí se nos leía una pequeña meditacion, rezábamos luego la Confesion, el Padre Nuestro, el Ave María, y entonces pasábamos á la sala de estudio. Los días de fiesta, una nube de incienso perfumaba nuestra capilla, y entonces cantábamos tambien embriagadas de placer y de contento.

La Iglesia romana tiende siempre á cautivar el espíritu y la imaginación de la juventud; ¿cómo, pues, resistir á esa atracción encantadora? ¿Cómo no creer que se está en vías de ir al cielo, cuando se siente el corazón tan conmovido?

De seis á siete de la mañana tenían lugar nuestros ejercicios de memoria; luego se nos servía el desayuno, concluido el cual, íbamos á misa á la capilla sombría de las religiosas. De ocho á doce seguíanse las lecciones, á cuya hora pasábamos al refectorio, y durante la comida leíanse las historias de Rollin. Hasta las dos de la tarde lo pasábamos en la sala de juegos ó en el jardín, donde cada una tenía señalada una porción de tierra que cultivaba segun sus gustos, y que regularmente producían flores que luego se consagraban al altar de la Virgen.

Por la tarde ocupaban nuestro tiempo las obras de labor y el estudio de las lecciones para el día siguiente. De hora en hora, al sonar el reloj, alzábase una voz de entre las alumnas para recordarnos la brevedad del tiempo. ¡Ahora y siempre sea Jesús en nuestros corazones! El tiempo pasa, y la eternidad se acerca! ¡Vivamos como quisiéramos haber vivido en la hora de nuestra muerte! *Ave María, etc., etc.*: es decir, que el nombre de Jesús apenas se pronunciaba, y si alguna vez se hacia era solo por la forma, mientras que la verdadera plegaria, el verdadero homenaje no se rendía al Criador sino á la criatura; no á Aquel que sufrió la muerte por salvarnos, sino á la que como nosotros tuvo necesidad de ser libertada del pecado; y á las nueve nos acostábamos despues de haber rezado el rosario de la Virgen, las letanías y otras plegarias por el estilo.

Como se vé, el culto de la Virgen empezaba por la mañana, y concluía por la noche. El catecismo de perseverancia, ¿no dice por ventura que María intercede y ruega por nosotros, dispensándonos las gracias de Dios, como tesorera que es del cielo? «¡Para nuestra ayuda no le falta ni el poder ni la voluntad!» Menester es, pues, granjearnos á todo trance el favor de ese poder incomparable.

Una de las prácticas de ese culto, que tal vez exista tambien en otras partes, pero que si no es así, al menos estaba admitido en el convento de la Visitación, consistía en escribir á la Virgen un billete en la fiesta de su Sagrado Corazón, en el que le expresábamos todos nuestros sentimientos y deseos, nuestros temores y esperanzas. Estas cartas,

cerradas previamente, se depositaban en una caja en forma de corazón, que adornada de precioso metal colocábase en el altar de la Virgen, y al cabo de veinte y cuatro horas quemábase juntamente con el incienso para hacer subir aquellas peticiones al trono de la madre de Dios, desde donde luego descenderían á la tierra convertidas en gracias espirituales. Menester era la irreflexión propia de la juventud para creer tamaña tontería, pero entonces no se me ocurría ni la mas ligera duda acerca de su verdad. No quisiera avanzar hoy un juicio falso, pero no sería extraño el que aquellos billetes fueran á las manos de nuestras directoras antes de quemarse, siendo esto un medio hábil para leer en nuestros corazones, pues ningún secreto guardábamos nosotras para aquella que era nuestra divina protectora. Si esto es una suposición temeraria, culpe á las que nos inspiraron ese culto tan ridículo.

(Se continuará.)

A UN NIÑO.

Niño de ojos azules,
Niño del alma,
Esperanza risueña
Para la patria.
Oyeme atento;
Pueden servirte mucho
Estos consejos.

—
Cuando vayas creciendo
Sé bueno y dulce;
La cólera, hijo mío,
Es siempre inútil.
Cuando no dañe,
Dificulta á lo menos.
¡Es mala, mala!

—
Tiende la mano á todos,
Perdona siempre,
Y en las querellas, ponte
Junto al mas débil.
Ama, hijo mío,
El amor es la vida;
Ama muchísimo.

—
Niño de ojos azules,
Niño del alma,
No vendas la conciencia
Nunca por nada.
Ella es un templo;
El que la vende, vende
Al Ser Supremo.

—
Hallarás en la vida
Muchas miserias;
Suspiros de los unos,
Llanto de quiera.
Dalos á todos;
El pan á los mas pobres,
Tu alma á los otros.

—
Esparce el bien en torno,
Sé siempre justo,
No avasalles á nadie
Hijo, y sé puro.
Sí, tu conciencia
Puede estar como el cielo
Llena de estrellas.

—
Ahora duerme tranquilo
Niño del alma,
Tu madre está sentada
Junto á tu cama.
Duerme buen sueño,
Y al despertar, no olvides
Darla mil besos.
ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

NOTICIAS VARIAS.

Lo que puede la preocupacion. Un mozo de horno que surte de pan á las monjas de la Encarnacion en Zaragoza dejó en el locutorio del convento uno de nuestros libros de himnos. Las monjas se apoderaron de él, y despues de haberle leído le encontraron tan cristiano, que á porfía procuraban aprenderle de memoria. Pero llega el cura, lee el libro, vé que es protestante, lo dice á las monjas, y estas pobrecitas se ponen malas solo con pensar que habian leído un libro tan malo. ¡Es decir, que el contenido del libro era bueno cuando no se sabia que era protestante, y se convierte en malo en cuanto se sabe que ha sido publicado por los cristianos evangélicos! ¡Pobres monjas!

Pero no es esto todo. Las madres cuentan á un caballero que hacia mucho por ellas, sus cuitas y dolores, y el caballero, al despedirse, les dice: «Pues sepan, hermanas, que esa religion es lo único bueno que ha venido á Zaragoza; esa religion es la positiva, la legitima ley de Jesucristo. Mucho aprecio al señor vicario; pero mas aprecio á Jesucristo, y la ley de Cristo es la que observan los protestantes; por eso voy á escuchar sus predicasiones.»

Buena despedida.

El día 1.º del actual verificóse el enlace del pastor Sr. Orejon con una señorita evangélica de esta corte. A pesar de no haberse invitado á persona alguna por tener lugar la boda en medio del luto natural por haber acaecido la muerte del padre de la esposa hacia poco, hubo una numerosa concurrencia, la cual en su mayoría, al final del acto, se apresuró á felicitar á los esposos por su nuevo estado. Nosotros les enviamos tambien nuestros plácemes, y les deseamos larga vida de paz y prosperidades. Trabaje hoy que ha mudado de estado el Sr. Orejon, con la misma fé y celo que hasta aquí en la obra evangélica, y haga comprender á su joven señora, que la esposa de un pastor debe llevar sobre sus hombros la mitad de la carga de éste; que ella debe consolar, socorrer y enseñar, tanto ó mas que aquel, y que, en fin, ella tiene su ministerio dentro del ministerio de su esposo. La obra es grande, y el trabajo mucho, y hay ocupacion para todos, especialmente aquí, donde por todas partes están sembradas la supersticion y el fanatismo.

El martes por la noche salieron de Madrid con direccion á Sevilla, el pastor de la iglesia de la Madera Baja Sr. Carrasco y el Presidente del Comité de la Union Evangélica. Trátase de celebrar en dicha ciudad un sínodo con objeto de tratar asuntos de interés general para todas las iglesias evangélicas españolas. Tenemos entendido que las iglesias de Camuñas y Zaragoza envian tambien delegados. Dios ilumine á cuantos asistan al sínodo de Sevilla. Formamos sinceros votos por la union de todas las iglesias evangélicas españolas que tienen una misma fé, un solo Señor y un mismo bautismo. ¡Ojalá el sínodo, dejando á un lado cuestiones inútiles y estériles, trate este asunto con preferencia y le realice! De todas suertes, estamos seguros que los acuerdos del sínodo harán adelantar la obra de la evangelizacion en nuestra patria, y darán solidez á lo ya hecho.

De Zaragoza escriben lo siguiente:

«Un día de viento frío, veníamos de dar sepultura á una niña de siete años. Delante de nosotros marchaban cojidos de la mano, de dos en dos, veintisiete niños de nuestras escuelas, é iban entonando los himnos de nuestra Iglesia. El camino estaba al abrigo del viento, y quizás por esto se paseaban por él tres de los muy desocupados señores curas

romanos. A la armonía de las voces acudieron estos señores y unos albañiles que trabajaban en una quinta inmediata; pero tan luego como los hombres negros comprendieron que los niños no eran de los suyos porque no acudían á besarles las manos, los interrumpieron con voces y ademanes descompuestos que demostraban su cólera. Los niños huyeron, mas sin interrumpir su canto; y como los albañiles los aplaudían, los pobres curas se retiraron cubiertos de ridículo.»

Siempre les pasa igual. El ridículo, y ellos se aman con indecible amor.

El eminente teólogo católico de la Universidad de Munich, canónigo Doellinger, ha dirigido una carta al arzobispo de esta capital, rehusando someterse al decreto del Concilio sobre la infalibilidad del Pontífice. El sábio alemán discute ampliamente la cuestion y hace cinco puntos principales de oposicion, probando que el dogma está en contradiccion con varios capítulos de los Evangelios de San Lucas, San Mateo y San Juan, y con las declaraciones que se hicieron en los primeros siglos del catolicismo.

Este acto del canónigo Doellinger ha concitado contra él las iras del partido ultramontano de Baviera, que pretendia imponerle á todo trance una retractacion y un forzado silencio. Cuáles habrán sido los medios empleados y la conducta del partido ultramontano bávaro, que el Gobierno se ha visto obligado á intervenir en el asunto, poniéndose de parte del sábio teólogo contra el episcopado: una real orden, precedida de un razonado preámbulo, prohíbe al arzobispo de Bamberg publicar y poner en práctica las decisiones del Concilio, particularmente las que se relacionan con el dogma de la infalibilidad.

El domingo de Resurreccion, ó sea el domingo próximo pasado, tuvo lugar en la iglesia de la Madera Baja la celebracion de la Santa Cena. En el tiempo que lleva establecida nuestra iglesia, no hemos visto acercarse á la mesa del Señor un número tan considerable de personas. Cerca de cuatrocientas personas comieron y bebieron el pan y el vino consagrados; ciento veinte hombres, y las restantes señoras. Damos gracias infinitas á Dios porque de esta suerte premia nuestros pobres esfuerzos, y el número de los convertidos se agranda cada día. En la semana anterior al día de la Cena, hubo cultos preparatorios, los que estuvieron concurridísimos, hasta el punto de haber noche en que muchas personas tuvieron que retirarse por no ser ya posible la entrada. Hubiéramos querido ver en nuestra iglesia á uno de esos neos procaces que no encuentran santo mas que lo suyo. Les rogamos que vengan á nuestras iglesias en días en que tienen lugar solemnidades de esa naturaleza, á ver si nos encuentran tan perversos, tan herejes y tan infames como están diciendo á todas horas que somos. Allí verán la humildad sin la hipocresía, y el arrepentimiento sin el fariseismo y la ficcion. Pero no vendrán, que ellos solos acuden á donde hay sombras y tinieblas. Dios los perdone y los convierta.

A doscientos cuarenta y tres asciende el número de los que despues de haber sufrido el exámen correspondiente se han inscrito como miembros en la Iglesia evangélica de Zaragoza. El de los que asisten con regularidad á las predicaciones grande. Baste saber que los domingos, el vasto local destinado al culto es insuficiente para contener á todos los que acuden á escuchar la predicacion del Evangelio.

El Jueves Santo pasaron de cuatrocientas las personas que se quedaron en la calle por serles imposible penetrar en el interior del edificio en donde se anunciaba la Palabra de Dios.

Dios siga bendiciendo la obra evangélica de Zaragoza.

Tenemos buenas noticias sobre el movimiento abolicionista que se despierta de nuevo en España. Se prepara una nueva campaña contra la esclavitud tan odiosa y tan odiada. Se organizan comités en las provincias; las listas de socios se llenan, y numerosos meetings se preparan. En Madrid tambien tendrá lugar otro cuando los acontecimientos lo exijan y antes que en las Cortes se aborde esta cuestion, que pone tanto espanto en el corazón de los gobernantes. Periódicos de todos los matices políticos se ocupan diariamente de ella y piden su pronta solucion, si no se quiere que sigamos deshonrados ante los ojos de Europa. Las señoras se asocian y protestan tambien contra semejante iniquidad.

En *La Propaganda*, órgano de la sociedad abolicionista, hallamos el siguiente párrafo:

«En el Parlamento habrá de iniciarse muy en breve la cuestion de abolicion de la esclavitud, reclamando el cumplimiento de la solemne promesa que hizo ante las Constituyentes, el entonces ministro de Ultramar Sr. Moret.

La nueva campaña cuenta entre otros, con los Sres. Castelar, Figueras, Rodriguez (D. Gabriel), y toda la minoria republicana, á cuyos esfuerzos vienen á unirse los del incansable abolicionista señor don Rafael Labra.

Se acerca, pues, la hora de las soluciones.»

Tenemos entendido tambien que para secundar en cuanto sea posible esta agitacion anti-esclavista, los Sres. Carrasco y Sanchez del Real, piensan comenzar una série de conferencias en favor de la abolicion en la capilla de la Madera Baja, tan pronto como aquel regrese de Sevilla. Hagamos todos todo lo posible por esos millares de hombres convertidos en bestias por el capricho de los negreros y la complicitad ó la debilidad de los Gobiernos.

En Benispa, el vecindario ha pedido la supresion de la escuela. Con este motivo un colega dirige á los benispanos los siguientes graciosos versos:

«De Benispa el vecindario
En acuerdo singular
Ha venido en declarar
El estudio innecesario;
Y en instancia que revela
El vacío de su frente,
Solicita reverente
La suspension de la escuela.
.....
Dénle á su criterio enjuto
Merecida ejecutoria
Para tirar de una noria
Y permanecer en bruto.»

Decididamente todos los vecinos de este pueblo deben ser neos. Es lástima que el pueblo no sea mayor para pedir la construccion de una plaza de toros. Estamos seguros, sin haberlo visto, que en Benispa hay lo menos una docena de curas, seis capellanes y la correspondiente dotacion de sacristanes, monaguillos, amas de cura, sobrinos de ídem y viejas beatas. Nosotros tambien pedimos la supresion de la escuela, y en cambio la ereccion de un seminario; la de media docena de conventos, si puede ser de Gerónimos, y que á cada vecino de Benispa se le dé medio duro diario por su aficion á las antigüedades. Esperamos que el Gobierno atenderá nuestros justos ruegos y dará á los benispanos lo que les hace falta.

El miércoles próximo se reunirán en oracion los cristianos de las iglesias evangélicas de Madrid, en la capilla de la Libertad, á las ocho y media de la noche.

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, 2.